

# La amistad como subversión

Es casi un axioma universal, comprobable con leer algún periódico de cualquier parte del mundo, el día que sea, que vivimos una época de crisis turbulenta. Los paradigmas que estructuraron sociedades durante el periodo de la posguerra se han ido derrumbando uno a uno, reemplazados en la mayoría de los casos por variantes del paradigma individual, egoísta, donde el único principio que debe estructurar el orden sociopolítico, tributario, financiero —e incluso cada vez más también los códigos éticos y morales— es el derecho de cada individuo de buscar para sí mismo el mayor beneficio posible. De este modo el neoliberalismo, la ideología a partir de la cual hemos vivido en los últimos 30 ó 40 años una violenta ofensiva por parte de las élites planetarias, que hoy concentran en unos cuantos súper ricos un porcentaje de la riqueza mundial jamás visto antes (según datos de Oxfam, las 62 personas más ricas del mundo poseen una riqueza equivalente a la de la mitad de la población mundial, es decir, 3500 millones de personas), se ha convertido en una filosofía de vida, que produce una realidad empobrecida, donde los seres humanos son, literalmente, reducidos a mercancías que deben buscar venderse lo más caro posible, para intentar formar parte de los afortunados con un derecho ilimitado al lujo y a la opulencia.

Como consecuencia natural, el descontento frente a las tensiones producidas por las desigualdades, por la percepción generalizada de que los gobiernos nacionales han claudicado frente a las demandas de la especulación financiera, por la creciente precariedad de la clase trabajadora (que con el debilitamiento de los sindicatos ha perdido buena parte de las conquistas ganadas a través de largas luchas), dicho descontento ha dado pie a movimientos iracundos, fundamentados desde las más diversas posturas ideológicas. En el extremo más perverso encontramos gente como Donald Trump o el Frente Nacional en Francia, así como el auge de partidos neonazis en Suecia, Alemania y Grecia. En el otro extremo encontramos los movimientos de indignados, Occupy Wall Street, el anarquismo digital; y en algún difuso lugar situado en el medio se encuentra el yihadismo radical, o incluso el fenómeno de los ciudadanos que abren fuego indiscriminadamente para dar cauce a una rabia profunda. El elemento común a todos ellos, incluso en los casos más execrables, es una noción de que el orden actual se aproxima a su límite, pues incluso desde el punto de vista ecológico avanza a marchas forzadas hacia ser insostenible, y de ahí que existan tantas expresiones de furia frente a una realidad que ha rebasado nuestras más profundas pesadillas.

Entre las voces de descontento, a nivel teórico, quizá pocas exhiban la lucidez y la mordacidad de los escritos del Comité Invisible, ese misterioso grupo que irrumpió en la escena en 2007 con el manifiesto *La insurrección que viene*, y que ahora ha escrito un texto

crudo, brutal, y al mismo tiempo conmovedor, titulado de manera hermosa, *A nuestros amigos*. Para quien quiera entender a cabalidad los dispositivos contemporáneos de poder, a partir de los cuales se produce la realidad tan convulsa a la que asistimos, con toda probabilidad encontrará ahí un texto fundacional.

El punto de partida es que la crisis actual no es una cuestión pasajera, sino una «técnica de gobierno». Así, el Comité Invisible afirma que: «No vivimos una crisis del capitalismo sino, al contrario, el triunfo del capitalismo de crisis». Esta afirmación encuentra su anclaje teórico en una frase lapidaria de uno de los profetas fundadores del neoliberalismo, Milton Friedman: «Si quieres imponer un cambio, desata una crisis». Es entonces a partir de este estado de emergencia perpetua que se justifican los programas de austeridad, con los recortes que siempre aprietan otro poco la soga al cuello de los que menos tienen, los aparatos de vigilancia, la militarización de sociedades como la mexicana, y demás medidas de choque que aparecen

siempre como necesarias para gestionar la crisis que el propio sistema genera de manera endémica. Quizá nadie lo haya capturado como un grafiti aparecido en Atenas, cuya foto aparece al comienzo de un capítulo de *A nuestros amigos*: «Merry crisis and happy new fear».

En el nuevo ordenamiento de poder, las naciones, e incluso el concepto de lo local en sí, han experimentado un serio declive en cuanto a su ámbito de acción y de influencia, arrasados por organismos y prácticas supranacionales, ante los cuales casi cualquier gobierno es impotente para intentar frenar ataques especulativos contra sus monedas, cierres masivos de fábricas, u otras operaciones que de un plumazo arrojan a miles de personas a una situación de precariedad. Las decisiones son tomadas por una especie de élite creativa, *New Age*, que guarda mayor parecido entre sí a pesar de vivir a miles de kilómetros de distancia, que con los estratos desfavorecidos de su lugar de origen:

Estos últimos treinta años, la reestructuración del capital ha tomado la forma de una nueva ordenación espacial del mundo. Lo que está en juego es la creación de *clusters*, de «centros de innovación», que ofrezcan a los «individuos dotados de un fuerte capital social» —para el resto, desgraciadamente, la vida será un poco más difícil— las condiciones óptimas para crear, innovar, emprender y, sobre todo, para hacerlo juntos. (p. 190)

Este dominio de lo supranacional no descansa en una red de poderosos que conspiran para mantenernos oprimidos, sino en la omnipresencia de los mismos dispositivos en prácticamente todas las sociedades, al menos las occidentales: los organismos financieros

multinacionales, las políticas de austeridad y, principalmente, la ética laboral y social según la cual cada quien debe buscar ante todo su propio beneficio, sin importar a quién haya que pisar en el camino. De esa manera, cada ciudadano que hace suya esa ética lleva en sí al menos una fracción de las prácticas de los potentados, a los que a menudo conscientemente se rechaza, e incluso se detesta.

El alcance de los nuevos paradigmas es tan amplio que han transformado de raíz la propia concepción de nosotros mismos, del Yo, que tenemos quienes habitamos en las sociedades contemporáneas. A través de la cibernética, de los algoritmos, de las redes sociales y de los dispositivos móviles, aspiramos a convertirnos en sujetos que maximicen a cada instante esa carrera en pos del éxito y la fama a la que anteriormente llamábamos existencia («¡Vivir es increíble!»). La subjetividad inherente a la experiencia humana aspira a ser sustituida por la acumulación de vivencias, de preferencia recomendadas por listas de *best-sellers* o sitios web que contabilizan los *ratings* otorgados por los usuarios, para tener la plena conciencia de que nuestra vida es por lo menos tan intensa tan rica tan única tan especial como la del vecino de al lado, pues la envidia que nos genera la mera idea de que la suya pudiera ser más disfrutable, es suficiente para arrojarnos hacia una competencia frenética donde, literalmente, nunca nada es suficiente. Con un poco de suerte, según la concepción del Yo contemporáneo dibujada por el Comité Invisible, dejaremos atrás nuestras odiosas imperfecciones:

El sujeto occidental racional, consciente de sus intereses, que aspira al dominio del mundo y es de este modo gobernable, deja lugar a la concepción cibernética de un ser sin interioridad, de un *selfless self*, de un Yo sin Yo, emergente, climático, constituido por su exterioridad, por sus relaciones. Un ser que, armado con su Apple Watch, consigue aprehenderse íntegramente a partir del exterior, a partir de las estadísticas que cada una de sus conductas engendra. Un *Quantified Self* que bien querría controlar, medir y optimizar desesperadamente cada uno de sus gestos, cada uno de sus afectos. (p. 120)

Pero no todo está perdido, pues frente a las tiranías totalitarias del pasado, las técnicas actuales de ejercicio del poder tienen un carácter voluntario, buena onda, que le confiere a la pérdida de toda privacidad e interioridad frente al irresistible encanto de Google, Facebook y similares, una placentera culpa derivada de saber que somos artífices de nuestro propio desencanto.\*

\* \* \*

El principal problema al que se enfrentan la inmensa mayoría —quizá todas— de las voces disidentes actuales, es pasar del diagnóstico desolador a la creación de alternativas. En ese sentido, *A nuestros amigos* no es la excepción, y su disección de la amplitud de los mecanismos de producción de realidad actuales es ampliamente superior, tanto en espacio como en profundidad, a la idea de la comuna como espacio de subversión que en última instancia constituirá una alternativa viable frente al actual desastre. Sin embargo, es un gran punto de partida al menos desactivar algunas de las pretendidas verdades irrefutables sobre las que descansa la ideología de nuestros tiempos, pues es cierto que la historia ha mostrado que a menudo es necesaria la maduración de ciertas ideas que reemplazan a las que hasta ese entonces se consideraban como dogmas incuestionables, para que posteriormente los regímenes concretos se modifiquen con una facilidad que incluso resulta asombrosa.

En mi opinión, uno de los vislumbres esenciales del Comité Invisible es la absoluta falsedad de la idea de que el egoísmo es una condición consustancial al ser humano, y que por lo tanto debería ser (como en la actualidad) la piedra angular de cualquier organización sociopolítica. El famoso grito de guerra de «Greed is good»,



## A nuestros amigos

Comité invisible

Traducción de Vicente E. Barbarroja,  
León A. Barrera y Ricardo I. Fiori  
Pepitas de calabaza • 2015 • 264 páginas

expresado por Gordon Gekko en *Wall Street*, parecería entonces más como un síntoma inmejorable de la demencia que ha producido las actuales desigualdades, que como un axioma sobre el que haya que fundar un sistema de creencias. Pues como se recuerda en *A nuestros amigos*, en una cita del sociólogo Marshall Sahlins:

Para la mayor parte de la humanidad, el egoísmo que nosotros conocemos bien, no es natural en el sentido normativo del término: es considerado como una forma de locura o de hechizo, como un motivo de ostracismo, de condena a muerte, o como mínimo es la señal de un mal que hay que curar. La avaricia expresa menos una naturaleza humana presocial que una falta de humanidad. (p. 83)

En ese sentido, los sencillos actos de amistad, de cooperación, de solidaridad, en suma, cualquier comportamiento sistemático que se mueva en una escala distinta de la utilidad personal (lo que Weber llamó «racionalidad instrumental»), es ya en sí un micro acto anti-sistema, al menos como pequeña expresión de la posibilidad de una ética distinta que pudiera, con el tiempo, producir también una realidad distinta. Y es que la monumental paradoja del saldo que ha arrojado el neoliberalismo como sistema hegemónico es que incluso quienes se han visto inmensamente enriquecidos por sus premisas viven mayoritariamente reclusos, atemorizados, empastillados, en un estado de ansiedad perpetua, incapaces de distinguir, si acaso las tuvieran, relaciones que no se fundamenten en el interés, incluso en su círculo más cercano de allegados. La violencia indiscriminada producida por las tensiones implica que, en sentido estricto, nadie se salva de estar en el espacio público equivocado en el momento equivocado. Y sobre todo, absolutamente nadie se escapa de la miseria moral, de una sensación de que la vida que podría ser nos ha sido hurtada y reemplazada por una versión empobrecida en todos los sentidos. Quizá una de las preguntas que terminen por definir a nuestra época sea la formulada al final por Johnny Rotten, en lo que sería el último concierto de los Sex Pistols:

*Don't you feel like you're being cheated?* 🐣

\* «¿Es necesario recordar que cuando Google tuvo que enfrentarse al escándalo de su participación en el programa de espionaje Prism, se vio obligado a invitar a Henry Kissinger para explicar a sus asalariados que hacerlo era necesario, que nuestra “seguridad” valía ese precio? Resulta bastante gracioso imaginar al hombre de todos los golpes de Estado fascistas de los años setenta en América del Sur disertando sobre la democracia ante los empleados, tan *cool*, tan “inocentes”, tan “apolíticos”, de la sede de Google en el Silicon Valley». (p. 69)